

## A PROPOSITO DE LA MUESTRA "ROMA IMPERIAL"

ALEJANDRO BANCALARI MOLINA\*

Entre julio y octubre del año 1999 tuvimos la ocasión de visitar y empaparnos –en el Instituto Cultural de Providencia, Santiago– de una interesante muestra sobre *Roma Imperial*<sup>1</sup>. Para nuestro medio este acontecimiento resultó novedoso e inusual, porque era la primera vez que se exhibieron en el país objetos materiales provenientes de la antigua Roma y su trascendencia radicó en el hecho que se pudo apreciar y valorar, a través de algunos casos y ejemplos, la deuda que el Occidente tiene con la civilización romana y, por cierto, helénica, como sustancia primigenia y paradigmática del mundo contemporáneo.

La exposición titulada "Roma Imperial. El ápice del poder" abarcó un período aproximado de dos siglos. Oscilaba desde la oficialización del sistema político imperial con el primer emperador Octavio Augusto en el 27 a. de C. hasta la muerte de Cómodo (hijo de Marco Aurelio) en el 192 d. de C., el último de los monarcas Antoninos. En consecuencia, la muestra exhibió el período de los emperadores de la dinastía Julio-Claudia (27 a. de C.-68 d. de C.), de los Flavios (69-96 d. de C.) y de los Antoninos (96-192 d. de C.). Sobresalen las figuras de los emperadores de esta última dinastía, tales como Trajano, Adriano y Antonino Pío –época cuando Roma y el Imperio adquirieron su máxima extensión territorial y su mayor esplendor cultural-artístico. Un período dorado, de progreso, de *pax romana* y de integración que corresponde a la acmé del imperio romano.

Los objetos originales y copias-calcos de la muestra provinieron de los museos arqueológicos italianos de Florencia, Siena, Arezzo, Volterra, entre otros, de la Superintendencia Arqueológica de Pompeya y del Museo de la Civiltà Romana. Son alrededor de 400 piezas que en su conjunto tuvieron como primordial propósito iluminar y mostrar, fehacientemente, el poder creador de Roma como centro político y cultural del Mediterráneo, en el que Occidente observó y materializó como modelo de imitación y de progresión.

Es oportuno y necesario recordar que la cultura y el arte romanos se fundan en elementos naturales e indígenas de la península como son los etruscos, latinos e itálicos, además de los aportes externos de los griegos y galos. De todos ellos, Roma toma lo mejor, filtra y genera a través de una metamorfosis su

\*Profesor de Historia Antigua del Departamento de Ciencias Históricas y Sociales de la Universidad de Concepción y de la Universidad del Bío-Bío.

<sup>1</sup>Con algunas modificaciones este escrito fue publicado en el diario *El Sur* de Concepción, el 1 de agosto de 1999, con el título: "Exposición. La visita de la Roma Imperial".

propia cultura material, creando una simbiosis y un arte caracterizado como "eclectico". Sin mayores simbolismos e idealizaciones y, por sobre todo, realista, práctico y funcional<sup>2</sup>.

La exhibición, dividida didácticamente en tres secciones, la primera relativa a la vida privada, reflejó de una forma amena cómo vivían los romanos, sus costumbres y su vida cotidiana, los utensilios domésticos utilizados en el arte culinario (sartenes, ollas, hervidores, cucharas, tenedores, vasos y botellas), las mujeres y sus artículos de tocador y de salud (peines, ungüentarios y pinzas) y sus innumerables joyas auríferas (collares, anillos, brazaletes, aros, fibulas). Importantes son la variedad de lucernas, candelabros y un escabel (apoyo de pies) como parte del mobiliario, al igual que algunos pavimentos de mosaico; todos estos objetos allí exhibidos mostraron la condición social, familiar y religiosa del sector del patriciado y de los *honestiores* en el interior de la *domus* romana; monumentos y altares funerarios, urnas matrimoniales e inscripciones se destacaron en esta parte, al igual que diminutas imágenes piadosas concentradas en el lugar sagrado de la casa: *lararium*, centro de práctica de la religión doméstica y privada; también se observaron aspectos concretos de la vida agrícola —base de la economía romana y preindustrial— a través de las *villae* rústica.

La segunda sección contempló la vida pública, en la cual se exhibieron esculturas de emperadores romanos, mujeres y hombres desconocidos, pequeñas estatuillas de bronce representando a héroes y divinidades (Hércules, Priapo y Mercurio) y a los devotos; figuras y retratos de actividades lúdicas recreando escenas del anfiteatro y se ilustra la común participación de los ciudadanos a las termas romanas, como un punto de encuentro público y socializador; significativa es la colección de monedas (denario, áureo, sestercio y as) por su valor iconográfico con la efigie de los emperadores y de los camafeos que muestran la imagen de los monarcas y del círculo de la familia imperial. Interesante, por ejemplo, es el camafeo con Antonino Pío que ofrenda a la diosa Fortuna, ya que en su gobierno se celebraron los 900 años de la fundación de Roma; época del cenit de la historia, testimoniado, elocuentemente, en el año 143 d. de C., por el orador Elio Aristides en su panegirico a la próspera ciudad de Roma y del imperio, admira a la urbe como modelo político, por su urbanización, monumentalidad, estabilidad y en calidad de símbolo de la civilización y romanidad en oposición a la barbarie.

La sección tercera en torno a Roma y el Imperio presentó un cuadro de la potencia conquistadora de Roma, de qué forma la actividad bélica convirtió a la urbe, paulatinamente, en un imperio mundial; resaltan, en esta parte, diplomas militares que eran concedidos a los soldados después de haber cumplido con su servicio militar, convirtiéndose en *cives* del imperio; aspectos de la vida comercial y del tráfico de productos (ánforas, jarrones, cerámicas, platos y relieves con viajantes en carros y barcos) que hicieron de Roma una ciudad abierta y un centro e imán para las provincias; se refleja, entonces, la relación Roma-provincias (componentes físico-territoriales del imperio), de cómo las elites provinciales y los súbditos comienzan a manifestar un interés desmedido por la forma de vida y costumbres de los romanos. Surge así el fenómeno de la romanización o de la *aemulatio* de los provinciales a Roma y debemos concebirlo como el proceso gradual que irradia y amplía los modos de vida romanos y la recepción e integración de éstos por parte de los naturales de un territorio; este proceso de adaptación recíproca entre vencedores y vencidos que desemboca, finalmente, en una entidad multirracial y panmediterránea fue el fruto de un inédito período de *pax Romana* reinante, sobre todo en el siglo II d. de C. en el *orbis Romanus*. Precisamente, los escritos del sofista Aristides explican este clima armónico, cohesionado, pacificado e integrado entre las provincias y la metrópoli<sup>3</sup>.

<sup>2</sup>Muy útil como síntesis, Bianchi-Bandinelli, R., *Roma, centro del poder*, Aguilar, Madrid, 1970; H. Stierlin, *El imperio romano. Desde los etruscos a la caída del imperio romano*, Taschen, Köln, 1997.

<sup>3</sup>De los textos presentados por el rétor Elio Aristides, en su elogio a Roma, destacando la unidad imperial y civilizadora, entre otros, XXVI, 9; 13; 29; 59.

Ahora bien, creemos que la exposición no pretendió ni exhibir en forma parcial la periodización tradicional de la historia de Roma, ni entregar una visión holística del imperio y la civilización romana; su valor, más bien, estriba en ser el punto de partida –a través de piezas arqueológicas y de mensajes visuales– de una forma de aproximación para el estudio, comprensión y difusión de la historia romana, como parte integrante de nuestro mundo contemporáneo. Conocer y valorar la vida, costumbres, obras y acciones de los antiguos romanos es encontrar el hilo conductor por el cual Occidente ha moldeado y continuado su progreso en dos mil años de historia; hoy en día, más vigente que nunca está la afirmación de Adam Ferguson al señalarnos que “conocer la historia de Roma significa conocer la historia del mundo”<sup>4</sup>.

Proponer algunas reflexiones en torno al legado y la herencia de la Roma clásica –a propósito de la muestra– parece necesario; Roma fue una civilización que controló a sus anchas la ecúmene del momento y fue lo suficientemente inteligente para aceptar, recibir y asimilar los aportes culturales de los pueblos sometidos bajo su dominio.

Grecia, los estados helenísticos y el mundo judeo-cristiano aportaron, por su parte, elementos de índole política, filosófica, histórica, literaria, religiosa, científica y de la vida cotidiana, cuestiones centrales para el devenir y progreso de Roma. Su valor, innovación, durabilidad y peso radica en hacer la simbiosis y síntesis, fundiendo todos los aportes de los territorios sometidos en una sola unidad, en una sola *communitas*. Roma sintetizó en su civilización todo o casi todos los logros culturales del mundo antiguo<sup>5</sup>.

Analizar el legado romano significa necesariamente priorizar y seleccionar aquellos aspectos permanentes y constituyentes en el mundo actual<sup>6</sup>. Un aspecto que llama la atención se encuentra en la conformación y en el mantenimiento de urbe como un imperio universal; es un hecho sobresaliente e inédito que Roma mantuviera sus conquistas y sus territorios con una forma de gobierno republicano e imperial por más de siete siglos y les otorgara paulatinamente la *civitas* romana a sus súbditos. Desde Augusto pasando por Adriano, Antonino Pío y los emperadores de la dinastía de los Severos hasta Caracalla, Roma utilizó la práctica política de otorgar la ciudadanía e igualdad jurídica como *cives* romanos a los miembros del imperio, los súbditos se transforman en ciudadanos iguales. Esta expresión y sentido de igualdad, homogeneización y participación llega a su momento culminante con la dictación de la *Constitutio Antoniniana de civitate* de Caracalla en el 212 d. de C., otorgándoles la *civitas Romana* a todos los miembros del mundo romano –con excepción de los *dediticii*, o sea los bárbaros conquistados recién incorporados–. De esta forma, se constituye un imperio unido política y jurídicamente con cerca de 60 millones de habitantes. Es el *orbis Romanus* que, en esencia, es una *communitas de cives* donde el imperio está totalmente romanizado; por ello el jurista Modestino en el siglo III d. de C. afirmaba: “*Roma communis nostra patria est*”<sup>7</sup>, en un sentido aglutinador, pacificador y civilizador. Sin duda que dentro de este clima armonizador el proceso de romanización, en forma concreta, es el resultado tangible más relevante de la herencia romana; las obras públicas monumentales, foros, vías, circos, acueductos, baños, termas y otras construcciones testimonian de manera concreta y perenne la ampliación y divulga-

<sup>4</sup>Citado en Cantarella, E., *El peso de Roma en la cultura europea*, Akal, Madrid 1996, esp. p. 11.

<sup>5</sup>Algunas de las ideas siguientes las hemos sostenido en Bancalari, A., “Lineamientos para el estudio de la historia romana”, en *Limes*, 9-10 (1997-1998), Centro de Estudios Clásicos, Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, pp. 169-184.

<sup>6</sup>Sobre el tema del valor y legado de la cultura romana en la actualidad son esenciales los estudios de C. Bayley (ed.), *El legado de Roma*, Pegaso, Madrid 1956; R. Jenkyns (ed.), *El legado de Roma. Una nueva valoración*, Crítica, Barcelona, 1995; Cantarella (cit.), *Peso de Roma*. Con una visión diferente y más polémica A. Schiavone, *La storia spezzata. Roma antica e occidente moderno*, Laterza, Roma-Bari, 1996.

<sup>7</sup>Modestino, *Dig.*, 50, I, 33.

ción del espíritu de romanidad y en todo el imperio hay, por cierto, una unidad y homogeneización culturales en el *orbis Romanus*. El testimonio que nos transmite Tertuliano, rétor africano y cristiano a comienzos del siglo III d. de C., es elocuente: "El mundo se hace cada vez más civilizado y rico, por todas partes hay carreteras; por todas partes hay comercio"<sup>8</sup>, y comprueba este espíritu integrador y civilizador en oposición a la barbarie. Roma, en efecto, concibió y estructuró la noción y, posteriormente, la realidad de un pasaporte y una Europa unidas<sup>9</sup>, caracterizadas por un gobierno imperial centralizado, un derecho uniforme, una economía liberal y global, una cultura y una lengua comunes –el latín en el Occidente–, fruto de un dinámico y bidireccional proceso romanizador.

Otro aspecto peculiar de Roma fue su capacidad organizativa y administrativa para poder dominar y mantener extensos territorios bajo un solo poder central. En suma, tuvo y llevó a la práctica una administración perfecta, tan perfecta que configuró un mundo unificado y cimentó los principios políticos, jurídicos y culturales de Europa. El cristianismo, que surgió en una de las provincias más periféricas e inhóspitas del imperio, gozó del espíritu tolerante del mismo, su filosofía de vida, el respeto por el prójimo, sus ideas de hermandad, caridad y toda la carga valórica subyacente, con el tiempo y de manera paulatina, se incorporaron a la forma del "ser romano"; la religión cristiana se insertó, definitivamente, al mundo romano en el siglo IV d. de C. y así el imperio, finalmente, generó una Iglesia Católica, es decir, universal y romana<sup>10</sup>.

Retornando a la muestra, los organizadores y patrocinadores de dicho suceso, entre ellos la Embajada de Italia, la Ilustre Municipalidad de Providencia e importantes mecenas y amigos de la cultura pueden sentirse, realmente, orgullosos y satisfechos por la calidad de la exposición, la relevancia del tema y por lo novedoso para nuestro país. Se lograron con creces –a nuestro parecer– todos los objetivos trazados por los organizadores. Fue visitada por cientos de estudiantes de enseñanza media, universitarios y público en general –provenientes de todo el país– interesados en conocer y profundizar sobre la cultura y la historia romanas. Sin duda, la muestra nos aproximó y proyectó, a través de diversas fuentes arqueológicas, a la grandeza, perdurabilidad, significado y vigencia de la Roma Imperial. Óptima iniciativa que se acoge y alaba desde las provincias, con ella uno se reencuentra y reencanta con el mito de la *Roma Aeterna*.

<sup>8</sup>Tertuliano, *De anima* 30.

<sup>9</sup>Tanto R. Brague, *Europa, la vía romana*, Gredos, Madrid, 1995, esp. pp. 18 y 23, como A. Giardina, "Gli antichi a confronto. L'Europa rapita", en *Archeo*, 15 (1999), pp. 36-41, sostienen la concepción del aporte y creación romanos a la idea de la Europa comunitaria.

<sup>10</sup>Bancalari, *Lineamientos* (cit.), pp. 183-184. No nos olvidemos que en conjunto la historia romana fue la más longeva y significativa continuidad histórico-política y cultural que el mundo occidental haya jamás experimentado. Fueron trece siglos –desde el 753 a. de C. con la fundación de Roma hasta el 476 d. de C. con la caída del imperio romano de Occidente–, cerca de mil trescientos años de una historia conocida, revisada y, por sobre todo, con una impronta profunda en la sociedad cristiana occidental.